

bado que, adivinando ¡oh desdicha! el porvenir de las palomas, llora sobre las cunas y sonríe á las tumbas.

Hauteville-House, 1.º noveimbre 1872

V

EL «YO»

Á LUIS B.

No, no he cambiado. Mal haces, hermano, en lamentarte. ¡Ay! Aún cuando el cielo nos sea contrario á veces; aún cuando nada tengamos nuestro; aún cuando en nuestros trabajos, rudos y dulces, no obstante, la suerte envidiosa nos interrumpa; aún cuando no he cambiado, Luis, tu corazón se engaña. Soy el ser pensativo que siempre fuera, contemplador de la naturaleza, adorador de lo bello, hecho de admiración, de estudio y de oración, prosternado ante la sombra y ante la luz. Creado para sufrir y vivir por el amor, tengo en mí dos músicas que cantan una tras de otra, en la cabeza una orquesta y una lira en el alma. Esta creación en la que trato de leer, con sus universos, su brillo, sus esplendores, conmoviendo mi cerebro hasta en sus profundidades, hace á la vez vibrar todas sus fibras. Quiero los pueblos grandes, quiero los hombres libres; sueño con un porvenir mejor para la mujer. Inclinado sobre el pobre y sobre el obrero, les soy fraternal desde el fondo de mi pensamiento; cómo guiar á la multitud tempestuosa y confundida; cómo dar al derecho más base y amplitud; cómo disminuir aquí abajo el dolor, el hambre, la dura labor, el mal y la miseria;

todas estas cuestiones me tienen bajo su garra. Y luego, aunque soñador, fácilmente regocijado, siéntome de pronto el corazón alegre si, en mi estrecho círculo, con una palabra, con cualquier inesperado y loco capricho, hago nacer á mi alrededor, al anochecer, junto al fuego, aquella risa infantil que hace sonreír á Dios. Así me conociste; sigo siempre el mismo; sólo que hoy, entristeciendo á los que amo, á veces sube el duelo á mi frente dolorida; permanezco menos tiempo entre los felices, y en mis ojos, con frecuencia fijos fuera de este mundo, la sonrisa es más pálida y más profunda la sombra.

11 octubre 1846.

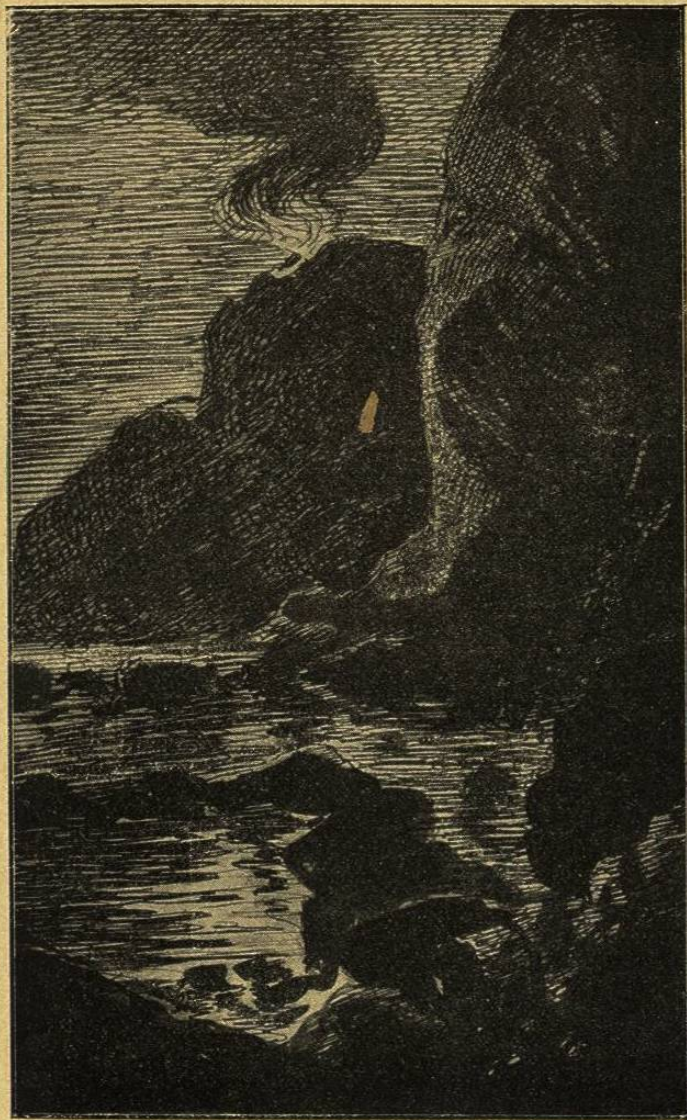
II

Á CARLOS

—¡Admírate, niño! Una pobre hoguera de pastor muestra y dibuja á veces, desde lejos, Scila ó bien Caribdis á los marinos de Mesina y conduce al nau-dero hacia el camino próspero.

—Pero—respondió el niño—padre mío, la estrella puede también servir para eso.

—¡Oh Carlos, hijo mío! Tú lo has dicho. Sigue hablando ¡oh frente pura que hacia mí te elevas como una aurora! ¡mi adorado hijo! ¡Todo es grande, todo es bueno! Tú lo has dicho con tu boca que



tantas veces vertiera su soplo perfumado en mi espíritu feroz.

¡Tú lo has dicho! ¡una sola palabra de tu fresca inocencia vale más que mi ciencia y mi sabiduría, niño religioso! Para una mirada de niño no tiene velos el azul. ¿Dónde, sino en tus ojos, podría hallarse el secreto de las estrellas?

1837.

III

Á UNA MONJA

En vuestras devociones, que comprende mi pensamiento, no os interrumpáis como alma herida ¡santa hija del cielo! ¡Oh, no, no he reído! Mi corazón fué en todo tiempo el abrigo de un Dios soñador, y lo que venero más en este mundo es el hombre, razón tranquila y pasión profunda, que forma parte de todo, á todas horas, en todas partes, de pie ante la suerte, de rodillas ante Dios. Ved: yo nací bajo austeras miradas, y mi alegría ingenua contempló graves misterios sin reirse y sin miedo. La hermosa infancia, semejante á un blanco vapor, siempre en nuestro espíritu reaparece y flota; y yo lo recuerdo, jugando en mi niñez con mi hermano Eugenio, con Abel, mi otro hermano; uniendo mi voz á las suyas, inocente Babel, llené siendo muy pequeño de infanti-

les canciones el santo claustro en que en otro tiempo oraban las Feuillantines (1).

25 junio 1837.

IV

La Francia, ¡oh hijos míos! reina de las torres coronadas de flores, en tiempos del emperador con quien iba vuestro abuelo, tendía hacia el Rhin el brazo derecho, el izquierdo hacia los Pirineos, y sus piés y su cabeza tenían ¡oh destino! el Océano por colchón, los Alpes por cabecera.

Austerlitz, Jena y Friedland, brillaban cual meteoros; un solo hombre enardecía todos los ojos; su gloria, engrandeciéndose en todas las auroras, componíase del rumor de las sonoras trompetas y de los alegres tambores.

Y Europa, vencida y altiva, veía brillar en aquel campo, del que salían la guerra y sus terrores, en torno de aquella Francia en todas partes la primera, cual moscones en torno de una luz, un grupo de reyes y emperadores humillados.

Estas cosas pasaban cuando mi alma inocente se abría, como la vuestra, ante el sol ardiente; el leopardo inglés vagaba con la boca abierta; París estaba en pie; Francia era gigantesca cuando yo era niño,

(1) Véase la nota sobre esta palabra en la Trad. de ODAS Y BALADAS.

cuando yo era niño, envidiado por las madres, libre en los jardines y libre en los bosques, y me divertía, vagando junto á las cabañas, cazando abejorros en las rosas de Damasco, cerrando bruscamente con los dedos aquellas flores.

Bosque de Andernach sobre el Rhin, 12 septiembre 1840.

V

El otro día, querido amigo, amigo de veinte años, mientras que en vuestros pensamientos, soñando con días mejores, profundizabais del Estado los altos destinos, yo miraba cómo vuestras hijas jugaban por entre las flores.

Desiguales por la edad, igualmente amadas, la mayor á la menor sonrió con cariño. ¡Tres hijas!, ¡seres puros!, ¡almas formadas en el bien á las que anima un rayo de vuestro grande espíritu!

El rocío inundaba las flores apenas abiertas; ellas jugaban, riéndose con su risa sin hiel. Dos cosas aquí abajo sientan bien á las rosas, las risas de los niños y las lágrimas del cielo.

¡Bellas frentes en las que todo es alegría y que nada de sombrío tienen! ¡Oh! las contemplaba con el corazón repleto de lágrimas, ¡yo que viviré ya con el ojo fijo en una sombra, yo que busco en todas partes mi dulce ángel, que huyera!

En presencia de vuestra dicha olvidaba mi sufrimiento; oraba, con espíritu apacible y firme; mi duelo recomendaba á Dios vuestra esperanza, y desde el fondo de mi corazón os decía:—¡Amigos,

sed siempre felices en esas cabezas tan queridas! ¡que cada día que pase aumente su hermosura! Ved en vuestros umbrales, objeto de los cuidados austeros, aumentar su gracia y su serenidad.

¡Dios os debe esa dicha! porque en nuestra noche negra, esos seres tan queridos nos consuelan en ocasiones; porque os apartáis del rumor de vuestra gloria para escuchar, pensativo, el alegre ruido de sus voces.

Amado en el hogar, admirado de la multitud, espíritu profundo, luchador de los discursos triunfantes, pasando de lo justo á lo verdadero, vuestro destino se desliza entre los grandes trabajos y los niños pequeños.

¡Oh! cuando negros cuidados empañen vuestras horas, mirad, mirad hacia ese tan dulce porvenir, esas tres frentes radiantes, esas tres albas benditas que se elevan en la sombra ¡oh padre! en torno vuestro.

Septiembre 1844.

VI

¡Muchas veces vinisteis á mi morada llamándome amigo! En vuestros brazos mecisteis al niño que llora y al niño que duerme.

Y, mientras dormían, bellas frentes en las que parece brillar todo un mundo mejor, vosotros parecíais, inclinados con una pura sonrisa, vago reflejo de la suya,

parecíais tener vuestros corazones abiertos á las ideas serenas, á los sueños reconfortadores, que salen dulcemente, para nuestras almas heridas, del sueño de los niños.

VII

Á OL.

Antes ¡oh soñador! vivías inclinado sobre la naturaleza. Sin cambiar de postura, tu espíritu inclinase ahora sobre los acontecimientos.

Ya de los tiempos futuros para tu fija y clara pupila son visibles los negros perfiles. Sonriendo vagamente á los encuentros posibles, avanzas de noche ante tí. Temor, esperanza, ¿qué te importa?, tú vas hacia donde ves el deber. Ignoras si se ponen acechanzas bajo tus piés. Entre esos hombres locos y vanamente sonoros, grave, triste y lleno del lejano porvenir, dices ú ocultas las cosas del destino; porque el radiante cielo te hizo nacer ¡oh poeta! del Apolo cantor y de la muda Isis.

17 noviembre 1849.

VIII

MI APOSENTO

Creémonos un medio que el sueño llena.

Venus ríe completamente desnuda sobre mi cama, la cual está cubierta por un damasco escarlata de borlas doradas; en mi pared hay monos que, cuadrilla alegre y grotesca, hacen cien cosas con aquellas furiosas risas que encantan á Molière y chocan á Andrieux. Lozas, bajo relieves, cerámica, cristales de Bohemia y esmaltes, sobre armario, forman todo un poema; todo un mundo se mueve sobre mi cómoda, y los pavos reales cubiertos de ojos cruzan por los espejos. Allí cerca sueñan, lleno el ojo de una dulce quimera, mi bisabuela, bella y joven, y mi abuela, muy pequeña, con una flor en la mano. A mi alrededor, sobre más de un viejo pergamino, sobre el raso florido, sobre los tiestos, sobre las lacas, viven confusamente los djins (1), los brucolaques, los mandarines de aire venerable y socarrón, los dragones, los monotes y esos diablos chinos muy feos, pero chispeantes de malicia y de fuego, que deben parecerse á los sueños de una mujer enamorada de vos ¡oh mi amigo Cremieux!

(1) Véase la composición de este título en LAS ORIENTALES.

Mi espíritu piensa mejor en este mundo extraño; como un pájaro tentado por lejanas costas, abre lentamente las alas en tales sueños.

1850

IX

El sol poniente brillaba al través de la neblina como la frente de oro de un viejo templo arruinado. El árbol se estremecía. El mar, por las olas movido, parecía á lo lejos una columna retorcida de mármol verde, caída sobre el enorme horizonte.

La ola, rueda errante, y la espuma, yegua, huían; por momentos, veía yo brillar los cielos llenos de miradas; las olas iban, venían, corrían sin cesar, innumerables, y yo escuchaba, inclinado sobre el circo de la sombra, el ruido que producían todos estos carros.

¡Lúgubre inmensidad!, ¡temibles profundidades ¡Todos están allí, los Satanes y los Prometeos, tenebrosos océanos! ¡Cielos, sois el abismo en que los genios caen! ¡Oh, cuántos gigantes distingue el ojo en el fondo de las brumas infinitas!

¡Oh vida, enigma, esfinge, noche, sé bien venida! Porque me siento de acuerdo con el alma desconocida. Sufro, pero creo. Habito en lo absoluto, patria obscura y sombría no más intimidada en todos esos abismos de negrura que el pájaro en los bosques.

Sueño, fija la vista en lo incomprensible. Cerrado está el cenit. Los justos son el blanco de la mentira desvergonzada; el bien, que parece ciego, tiene el mal por ministro. Pero, tranquilizado, veo, bajo aquella puerta siniestra, la rendija de claridad.

X

El bien germina á veces en las zarzas del mal. Con frecuencia, en el edén vago y azul del ideal, estremeciéndome, sintiendo apenas que existo, al través de mi triste humanidad, como por los barrotes de una cabañuela, veo abrirse, en el fondo de un resplandor inmenso, flores monstruosas junto á espantosas rosas. Siento que por deber escribo todo aquello que, en el áspero y tembloroso pergamino, parece nacer siniestramente de la sombra de mi mano. ¿Eres acaso tú, grande aliento insensato de los profetas, quien viene á turbar mi pensamiento? ¿A dónde, sino, soy llevado por ese nocturno azul? ¿Es un cielo eso que veo? ¿Es el obscuro sueño del que distingo la puerta abierta de par en par? ¿Es que obedezco? ¿Es que mando? ¿Huyo, tinieblas? ¿Persigo? Todo cruge; momentos hay en que no sé si soy el soberbio jinete ó el feroz caballo; tengo el cetro en la mano y en la boca el freno. ¡Adiós; dejadme paso, abismos, precipicio azul, precipicio negro! ¡Cállate, trueno! ¿A dónde me llevas, Dios? Soy la voluntad, pero soy el delirio. ¡Oh vuelo en el infinito! Puedo muy bien decir á cada instante, como Jesús dirigiéndose á Lamma Sabacthani:—¿Es largo el camino todavía? ¿Ha concluído esto, Señor? ¿Permitiréis

pronto que me duerma? El Espíritu hace lo que quiere. Siento el enorme soplo que Eliseo sintió y que lo levantara; y oigo en la noche que alguien me dice:

—¡Anda!

XI

TRABAJO

Me pongo á trabajar, amigos; he tomado papel y pluma, y empiezo á escribir; escribo versos, escribo prosa; pienso. Hago cuanto puedo por apartarme de la mentira, del mal, del egoísmo y del error; oigo rugir en mí el negro abismo de las palabras flotantes; trabajo.

Esta palabra, más profunda que todas, es dicha por el obrero y repetida por el apóstol; el trabajo es deber y derecho, y su orgullo consiste en ser la esclavitud siendo la libertad. El presidiario del deber y del trabajo es libre.

¡Cómo, pensador! ¡vas á restablecer el equilibrio, en el fondo de tu espíritu, que ocupaban otros cuidados, entre la idea y la palabra, entre el más y el menos! ¡Prosa! ¿Para qué? ¡Versos! ¿Para qué? ¡Rimas! ¡Frasas! ¿Con qué objeto? ¿Para qué abismos, misterios, la vida y la muerte, los secretos del crecimiento extraño y sombrío de los bosques y de los